

fueron inútiles, y viendo que nada conseguía, sacó un peine, un espejo y unas tijeras del bolsillo, y ordenó á su compañero Escobar que delante de todo el pueblo le peinase y cortase los cabellos. Este obedeció el extraño mandato, y su ejecución despertó de tal modo el interés y curiosidad de aquellos hijos de la naturaleza, que el hijo de Quibián, que tan hostil se había presentado al principio, consintió en que ensayasen en él el mismo procedimiento. Luego que Méndez hubo regalado al indio los mencionados objetos, y después de haber estado sentado un buen rato entre ellos en la mayor paz y armonía, regresó al lado del almirante para informarle de lo sucedido.

Como no podían abrigar duda alguna acerca de las intenciones hostiles de los indígenas, decidieron adelantarse á sus planes y coger prisionero á Quibián con toda su familia, cosa que consiguió felizmente el adelantado con ayuda de 80 hombres.

Mas por desgracia Quibián halló durante la noche ocasión de fugarse saltando del bote que le conducía río abajo y nadando un buen trecho por debajo del agua. Las mujeres, hijos y guerreros de Quibián, que se hallaban á bordo, hicieron también una tentativa de evasión, pero sólo algunos lo lograron, visto lo cual por los otros, prefiriendo la muerte al cautiverio, se suicidaron ahorcándose. Quibián, vuelto otra vez con toda felicidad junto á sus guerreros, dióles al punto la señal de ataque contra los españoles.

Pero antes de que éste pudiera tener lugar, Colón, pensando que el temerario golpe de mano del adelantado habría atemorizado á los indios, hizo colocar con gran trabajo á tres de las carabelas que estaban dispuestas para emprender el regreso á España al otro lado de un banco de arena que interceptaba la entrada en la embocadura del río, mientras que la cuarta quedaba anclada en el sitio de costumbre para defensa de la colonia.

Decidido á hacerse á la vela cuanto antes, envió al capitán Diego Tristán con 12 hombres y dos botes á fin de proveerse de agua y provisiones en la parte superior del río. Contra estos botes empeñaron inmediatamente el ataque los salvajes, y después de una corta lucha fué muerto Tristán con su gente. Sólo uno de los españoles pudo librarse y llevar á la colonia, que entretanto había sido también atacada, noticia de lo ocurrido.

Si bien en ésta habían podido rechazar el ataque, bien pronto viéronse obligados los españoles á abandonar sus cabañas situadas al lado del bosque y retirarse á un claro sobre la orilla del río para estar más á cubierto de las continuas embestidas de los enemigos ocultos en el bosque. Mientras se atrincheraban allí, trajóles el español evadido la triste noti-

cia de la muerte de Tristán y sus compañeros, y no tardaron en ver también los cadáveres de aquellos infelices horriblemente mutilados y acribillados de flechas, arrastrados lentamente río abajo para ser segura presa de los buitres, que revoloteaban sobre ellos ávidos de empezar su repugnante festín.

Mientras se desarrollaban estos sucesos en tierra, esperaba inútilmente el almirante, cuyo barco estaba anclado un poco más allá de la embocadura del río, el regreso de sus hombres, y sólo tuvo noticia del desastre gracias á la intrepidez de un valiente que consiguió atravesar el río á nado por un sitio en que las aguas se arremolinaban con tal furia que era imposible pasarlo en bote. Este había hallado á los pobres sitiados en la mayor desesperación. No les era posible mover la carabela, que estaba anclada en las someras aguas del río, y comprendían que de permanecer mucho tiempo en tierra era segura su perdición en cuanto consumiesen las pocas provisiones que les quedaban y tuviesen el menor descuido en la vigilancia que ejercían.

Comprendíase perfectamente que en tales circunstancias era del todo imposible el sostenimiento de la colonia, y por medio del valiente nadador, que volvió á pasar el río por el mismo sitio de antes, suplicaron á Colón encarecidamente que los admitiese á bordo.

Esta nueva desgracia acabó de abatir por completo al almirante, que desde hacía algunas semanas hallábase acometido por la fiebre. Martirizado por la idea de no poder enviar inmediatamente auxilio á su hermano y á sus gentes, puesto que con el único bote que aún les quedaba no era posible atravesar el vórtice, entregóse casi á la desesperación, arrastrándose penosamente, más bien que andando, sobre la cubierta de su barco y demandando auxilio á los cuatro vientos. Pero inútilmente: los días se sucedían unos á otros sin saber qué partido tomar.

Extenuado y presa del delirio febril, parecióle oír una voz consoladora que le decía: «Hombre de poca fe, ¿por qué vacilas en tu fe en Dios? ¿Qué más ha hecho por Moisés, David y sus otros siervos que por tí? Desde tu nacimiento te ha llevado en andas, y cuando alcanzaste la edad por él fijada, ha ordenado su decreto que tu nombre resonase en el mundo entero. Te ha dado la India, el país más rico del mundo; te ha dado las llaves para abrir las más extremas fronteras del Océano, que hasta aquí habían estado cerradas con fuertes cadenas. En los más remotos países se obedece tu voz, y has adquirido nombre inmortal en toda la cristiandad. ¿Qué más ha hecho por el pueblo de Israel cuando le sacó de Egipto? ¿qué más por David cuando le sacó de la condición de pastor para elevarle al trono de Judea? Vuelve tu pensamiento á Dios y reconoce tu error. ¡Su misericordia no reconoce límites! Tu edad no te impi-

de hacer aún grandes cosas, y una magnífica herencia te aguarda. ¿No tenía Abrahán cien años de edad y era Sara joven cuando parió á Isaac? Pides una ayuda incierta. Dime: ¿ha sido Dios ó ha sido el mundo el que te ha proporcionado tanta amargura? Enséñame el premio que te han dado los hombres por todos los peligros que has arrostrado por servirles. Dios, por el contrario, cumple sus promesas y no deja ser mártir á nadie para que triunfe la fuerza. Por lo tanto, no temas, y recobra el valor. Todos tus padecimientos están escritos sobre mármol, y no sin motivo.»

Colón escribió estas palabras en una carta dirigida á los reyes de España con la siguiente aclaración: «Estaba medio muerto al escuchar estas palabras, y no pude articular respuesta alguna; sólo pude llorar pensando en mis pecados.»

Por fin al cabo de nueve días de espera calmó el temporal, logrando los sitiados trasladarse en balsas á los barcos en unión de los comestibles y municiones que aún conservaban. En recompensa á los servicios prestados mientras duraron estos trabajos de salvamento, diósele á Diego Méndez el puesto que ocupaba el difunto Tristán, ó sea el de capitán de una de las carabelas. El barco anclado en el río hubo que abandonarlo.

De este modo emprendieron el viaje en la noche de Pascua del año de 1503 con los tres barcos podridos y medio roídos por la carcoma, con intención de regresar cuanto antes á la Española. Navegando á lo largo de la costa viéronse obligados en las inmediaciones de Puerto Bello á abandonar una segunda carabela cuyas bandas ó costados estaban tan agujereadas que era imposible mantenerla á flote. También los otros dos barcos restantes se hallaban en el más lamentable estado, teniendo que coger el agua que penetraba en ellos con pucheros y calderos. Las provisiones habían disminuído tanto, que tuvieron que acortar las raciones, y aún así temían verse expuestos en breve á los rigores del hambre.

Reproducimos á continuación un párrafo de una de las cartas del almirante relativas á este viaje:

«Hubiera deseado, dice, que todas aquellas personas que con tanta despreocupación censuraban diciendo que en un caso dado podría hacerse esto ó aquello, hubieran hecho también este viaje; pero creo que tendrán que hacer también otro.»

Llegaron al golfo de Dario y desde allí trataron cruzar al través el mar Caribe en dirección de la isla de Jamaica; pero tanto la corriente como los vientos del Este los apartaron de tal modo del rumbo indicado, que en vez de llegar á la costa de Jamaica llegaron á dos islitas situadas al Noroeste de la misma, á las que, á causa del gran número de tortugas que encontraron en ellas, les dieron el nombre de islas de las Tortugas. Hoy llevan, por el contrario, el de islas de los Caimanes.

Después de haber pasado éstas llegaron el 30 de mayo á los Jardines de la Reina, en la costa meridional de Cuba, mas también allí tuvieron que luchar con fuertes borrascas, durante las cuales perdiéronse tres anclas, siendo arrojados los barcos con tal ímpetu unos contra otros que amenazaban romperse en mil pedazos.

Cuando al cabo de seis días calmó un poco su furia el temporal, hicieron otra vez á la mar con los averiados barcos, llegando por fin á Cabo Cruz. Pero cuantas tentativas hicieron para ir desde allí á la Española fueron inútiles, pues los barcos, que estaban, como queda dicho, agujereados por la carcoma, no podían hacer frente á las corrientes del Oeste, entrando el agua de tal modo en todos los departamentos que, á pesar de no cesar de extraerla con las bombas y con toda suerte de vasijas, no se conseguía agotarla. El agua subía cada vez más y más, tanto que el almirante no tuvo otro remedio que tocar en la cercana costa de Jamaica, y el 24 de junio, en la bahía de Santa Gloria, cerca de la playa, llenáronse de agua y se sumergieron las embarcaciones hasta el punto de que sólo se veían las cubiertas.



Figurilla de oro de Veragua

Sobre éstas mandó hacer Colón dos chozas cubiertas con hojas de palmera para él y la tripulación, y poner á estos miserables refugios en estado de defensa para estar dispuestos á rechazar cualquier intento hostil de los indígenas. Para evitar conflictos entre éstos y la tripulación, prohibióse recorrer la isla sin el expreso permiso del almirante.

Pronto se repartieron las últimas raciones de galleta y vino, y entonces presentóse el problema de cómo hallarían medios de subsistencia para tantos hombres. Felizmente, el cuidadoso Diego Méndez se arregló de modo que convino con los habitantes de los pueblos cercanos en que éstos cazasen, pescasen é hiciesen pan de cazabe para los españoles, comprometiéndose éstos á pagarles con cuentas de vidrio, peines, cuchillos, campanillas y otros objetos por el estilo.

Si bien con esto se salvó la necesidad del momento, convencíase cada vez más el almirante de que ante aquella situación desesperada, en la que se dependía de la buena voluntad de los indígenas, debía de arriesgarse todo á fin de salir cuanto antes de ella y llegar á la Española, pues tanto el variable carácter de los indios como el de la tripulación hacían temer de continuo encuentros funestos, y si los primeros se negaban á proporcionarles víveres pondrían á los náufragos en la situación más horrible.

Por lo tanto, hacía preciso enviar una embajada á Santo Domingo para pedir á Ovando que corriese en socorro del almirante.

Esta empresa era tanto más peligrosa, cuanto que para llevarla á cabo sólo contaban con un pequeño bote indio de remos que había logrado cambiar Méndez, y con el cual, no sólo había que recorrer la gran distancia que mediaba desde allí hasta el extremo Este de la isla, sino también las cuarenta leguas que separan á Jamaica de la Española, y desde allí á Santo Domingo, esta última distancia triplicada.

Para tan peligrosa aventura nadie pareció tan á propósito al almirante como el incansable Diego Méndez, que siempre estaba dispuesto á poner su vida en peligro por el bienestar de todos. Pero también éste se asustó del temerario plan, y se negó á ir. Entonces reunió el almirante á la tripulación en masa para exponerle el angustioso estado en que se hallaban y ver si algunos se decidían á hacer la travesía, sin que ninguno se atreviese, pues todos estaban convencidos de la imposibilidad de cruzar con una débil canoa el casi siempre tormentoso mar surcado de corrientes.

Entonces levantóse Diego Méndez y se ofreció á acometer tan arriesgada empresa, á cuyo efecto mandó embadurnar la canoa con alquitrán y sebo y clavar unas tablas en la proa y en la popa á fin de impedir que entrase el agua; pidió también un mástil y una vela y emprendió el viaje con seis remeros indígenas, pero sólo pudo llegar hasta el extremo Este de la isla, pues vióse atacado y robado por piratas indios, y sus mismos acompañantes trataron de asesinarle. Con gran trabajo pudo librarse ocultándose en la canoa y volviendo donde estaba el almirante. A pesar de los peligros pasados ofrecióse á intentar por segunda vez la travesía si le escoltaba el hermano del almirante, con cierto número de hombres armados, hasta el punto donde había llegado la otra vez. Su gran valor y temeridad contagié á algunos otros, que se declararon dispuestos á acompañar á Méndez, decidiéndose, por lo tanto, que esta vez fuesen dos canoas las que hiciesen la expedición. En cada una de ellas iban seis españoles y diez remeros indios. Méndez mandaba la primera, y Bartolomé Fiesco, un genovés, la segunda. Se convino en que, tan pronto como el primero desembarcase felizmente en la Española, el segundo volvería al lado del almirante para darle parte del feliz término del viaje.

El almirante relató esta expedición en aquella carta dirigida á los monarcas españoles de la que se conserva copia, y que ha sido también impresa, sirviendo además de base principal para la historia de este memorable viaje. Esta carta describe todo el curso de la travesía hasta llegar á Jamaica. En sencillas pero sentidas palabras pinta las muchas penalidades y grandes peligros á que estuvieron expuestos durante ella, y tam-

bién se hallan desgarradoras descripciones de los trabajos y miserias pasados esperando algún socorro.

Tomamos de dicho informe algunos párrafos que expresan claramente la desesperada situación de ánimo del almirante en aquellos días de prueba. Dicen así:

«Soy tan desgraciado, que digo: hasta aquí he llorado por los demás; ahora que el cielo tenga piedad de mí y llore mis desgracias la tierra. En lo referente á bienes terrenales soy tan pobre que no poseo la más ínfima moneda para poder dar una limosna; y en cuanto á mis ganancias ó conquistas intelectuales, también me las han hecho perder.... Nunca puedo pensar, sin verter amargas lágrimas, en la Española, en Paria y los otros países por mí descubiertos; todos ellos se hallan en estado de ruina y destrucción: probablemente será incurable su enfermedad, ó por lo menos de larguísima duración. Ahora debían de venir aquellos que ocasionaron su daño trayendo algún remedio para aliviar su situación, si es que conocen alguno, ó le saben aplicar,—mas eso no saben hacerlo; sólo cuando se trata de trastornar ó destruir están prontos á ello, y todos son maestros en esos casos....»

»Cuando llegué por vez primera á la corte de vuestras altezas contaba veintiocho años de edad, y ahora no se halla en mi cabeza un solo cabello que no se haya vuelto blanco bajo el peso de las penas y cuidados. Me encuentro miserable, enfermo y pobre; no poseo nada á que poder llamar mío; á mí y á mis hermanos, para ignominia nuestra, nos han robado y vendido hasta las capas, sin habernos visto ni escuchado.... Aislado con mi dolor y esperando la muerte cada día, rodeado de un millón de salvajes crueles y hostiles, me hallo tan lejos de los sacramentos de nuestra santa Iglesia, que mi alma será olvidada si se desprende aquí de mi cuerpo. El que sea misericordioso y ame la verdad y la justicia, que llore por mí. Yo no he hecho el viaje para adquirir fama y riquezas; esto es tanto más cierto cuanto que, respecto á este particular, antes del viaje se había extinguido ya en mí esta esperanza. Con buenas intenciones y gran celo me he presentado ante vuestras altezas, y es bien cierto que no subsisto sobre nada. Yo les ruego humildemente que con ayuda de Dios me saquen de aquí, á fin de que pueda emprender alguna peregrinación á Roma ó á cualquier otro punto» (1).

Hacia principios de agosto se puso en marcha la pequeña expedición, acompañada de Bartolomé Colón, que con 70 guerreros caminaba á lo largo de la costa. Sin haber sufrido ningún encuentro con los indios llegaron

(1) Fr. P., *Los Viajes de Cristóbal Colón*, Leipzig, 1890. Págs. 164 á 166.

al extremo oriental de la isla de Jamaica, llamado cabo Farol (hoy Point Morant), y allí se despidieron.

Con lágrimas en los ojos despedían los que se quedaban á sus pobres compañeros que en aquellas débiles embarcaciones, impulsadas por los vigorosos remeros indígenas, avanzaban rápidamente hacia el Este, hasta que desaparecieron de su vista perdiéndose en la naciente obscuridad.

Semanas y meses transcurrieron aguardando en vano el regreso de Bartolomé Fiesco que debía de traer noticia del feliz término de la travesía. Ninguna vela, ningún barco veíanse en lontananza que trajese la salvación para los pobres náufragos. Estos infelices, materialmente presados sobre la cubierta de sus buques, fueron presa de las enfermedades, y pronto sucedió lo que Colón temía: los indígenas empezaron á no suministrar con regularidad las provisiones. Los artículos de cambio de los españoles habían perdido gran parte de su valor y novedad por la frecuencia con que eran prodigados y ya no los recibían con la anterior alegría los indígenas. Estos, que no estaban acostumbrados á cuidarse para ellos del sustento del siguiente día, se cansaron de proporcionárselo á los españoles, y cada vez se lo llevaban con menos regularidad, hasta tal punto que éstos viéronse expuestos en breve á muchas privaciones.

Poseídos de gran desesperación subleváronse parte de los españoles, instigados por el hambre y la fiebre, á fin de librarse á viva fuerza de aquella penosa y miserable situación. Maldiciendo á aquel que los había conducido allí, apoderáronse de cierto número de botes indios canjeados por Colón, y cayeron como una avalancha sobre los pueblos, saqueándolos y procurándose de este modo el sustento, y hasta estaban decididos á buscar su salvación por el mismo camino que había emprendido Méndez para llegar á la Española. El jefe de esta banda era Francisco de Porras, capitán de una de las carabelas. Bajo su dirección llegaron los aventureros, que eran 48, hasta cabo Farol, logrando un arreglo en aquel punto con algunos remeros indios.

El mar parecía en completa calma, y por lo tanto propicio para emprender la arriesgada travesía. Con buen ánimo emprendieron los españoles el viaje; mas apenas habían andado algunas leguas cuando fuertes vientos contrarios causaron una verdadera dispersión en la pequeña flota. El viento y las olas crecían rápidamente, viéndose precisados, no sólo á volverse apresuradamente á tierra, sino á arrojar al mar cuanto llevaban á bordo á fin de aligerar las canoas. Sólo conservaron las armas; pero al ver que el peligro aumentaba obligaron á los indígenas á viva fuerza á echarse al agua y salvar su vida nadando. A pesar de que éstos eran vigorosos nadadores, era demasiado grande el trayecto que tenían que recorrer hasta llegar á la costa; así es que se mantenían cerca de las

canoas para de vez en cuando agarrarse á ellas para tomar aliento. Mas como con su peso aumentaba el peligro de las canoas, que amenazaban volcarse, les cortaron las manos á hachazos á aquellos infelices, que se sumergieron uno tras otro en las hirvientes olas. De este modo perdieron la vida 18 indígenas.

Con gran trabajo llegaron por fin los españoles á aquella costa que acababan de abandonar, sin conservar provisión alguna ni objeto de su propiedad. Como obtuviese idéntico resultado una segunda tentativa, desistieron de su empresa, y recorrían los pueblos indígenas merodeando y obligando á sus moradores por la fuerza de las armas á suministrarles el sustento.

Mientras que estos amotinados constituían una verdadera plaga para la isla, discurrió Colón el medio de obligar á los indios á proveerles de víveres merced á un ardid basado en la superstición de aquellos hijos de la selva.

Sabiendo que tendría lugar un eclipse de Luna, amenazóles con la ira de Dios, que se demostraría claramente en la siguiente noche en que perdería su brillo la Luna. Incrédulos y miedosos, escucharon los indios á medias estas palabras; pero cuando vieron á la noche siguiente que el astro nocturno oscurecía cada vez más, fué tan grande el pánico que se apoderó de ellos que prometieron traer con puntualidad los víveres á los españoles, cosa que cumplieron hasta que llegó el deseado socorro.

Este auxilio se lo debía Colón al bravo y honrado Diego Méndez, que creían perdido hacía mucho tiempo.

Este y su compañero habían tenido que sufrir una terrible travesía. Al principiar ésta reinaba completa calma; el ilimitado Océano mostrábase á su vista como un mar de metal derretido. Los rayos del sol caían abrasadores reflejándose en las aguas como fuego. Ni la más leve brisa refrescaba á los infelices navegantes. La provisión de agua disminuía con desesperante rapidez, y aún no habían recorrido la mitad del camino.

Cuatro días con sus noches transcurrieron entre las más espantosas privaciones; hacía mucho tiempo que se había consumido la última gota de agua. Los indios no podían manejar ya los remos, y uno de ellos había muerto extenuado por la sed y el sofocante calor que reinaba. Al fin vieron en lontananza la islita de Navassa, situada á sólo ocho leguas de la Española, y dirigiéronse inmediatamente á ella para proveerse de agua. Después de buscar por espacio de un gran rato, descubrieron algunos hoyuelos ó pozancas llenas de agua en las concavidades de los peñascos, sobre los cuales se arrojaron los indígenas con tal avidez que algunos de ellos murieron en el acto y otros enfermaron gravemente.

Al anochecer continuaron el viaje á la Española, llegando al quinto día

al cabo extremo Occidental de la misma, llamado Cabo de San Miguel, y en la actualidad Cabo Tiburón.

Según lo acordado, debía volverse desde allí Bartolomé Fiesco al lado del almirante, mas ni él ni ninguno de sus compañeros quisieron arrostrar por segunda vez los horrores de la travesía, y todos los esfuerzos que hizo Méndez para hacerles cumplir lo prometido fueron en vano. Dejando, pues, á Fiesco en un pueblo indígena, continuó el incansable Méndez su viaje acompañado tan sólo de seis remeros indios desde la Española á Santo Domingo, pero en cuanto llegó á las inmediaciones de la bahía de Azua supo que el gobernador Ovando se hallaba ocupado en dar una batida á los habitantes de Xaragua. Entónces, abandonando Méndez la canoa, dirigióse solo y á pie al citado punto, siendo recibido con toda amabilidad por el gobernador, que le entretuvo por espacio de siete meses con promesas que nunca se realizaban. Al fin, transcurrido este tiempo, pudo conseguir permiso para ir á Santo Domingo y fletar un barco por cuenta del almirante.

Mientras Méndez iba camino de Santo Domingo, Ovando, temiendo que Colón pensase presentarse en la Española y tomar nuevamente posesión de su soberanía, envió á Diego de Escobar, uno de los partidarios de Roldán, en una pequeña carabela á Jamaica, no para llevar socorros á los náufragos, sino para adquirir noticias relativas á éstos. Limitóse solamente á enviar como regalo al almirante un trozo de tocino y un tonel de vino,—cosa que, como se comprende, era un sarcasmo dada la angustiosa situación de éste,—y á decirle que tan pronto como viniese un barco más grande de España irían en su auxilio. Luego que Escobar hubo recibido una carta de Colón dirigida á Ovando, volvióse á Santo Domingo con la misma prisa con que había ido allí, para dar cuenta de sus observaciones.

Por más que se hubiesen convencido de la crítica situación de los náufragos, no se apresuraron á librarles de ella, y es posible que hubiesen perecido miserablemente á no ser por el fiel Méndez, que pudo al fin comprar y aparejar un barco, enviándolo inmediatamente á Santa Gloria.

Sin embargo, antes de que llegase este socorro, había tenido que pasar Colón por muchas horas de amargura. Guiado de su buen corazón, había hecho saber á Porras y á su cuadrilla la promesa de enviarles en breve auxilio, prometiéndoles el perdón y pasaje en el barco si se sometían inmediatamente. En vez de aceptar esto impusieron los rebeldes desvergonzadas condiciones; por ejemplo, que si venían dos barcos tenían que cederles uno para ellos, y además que les dieran la mitad de todos los artículos de cambio que tenían aún, puesto que ellos perdieron los suyos en la tentativa que hicieron para ir á la Española.

Como estas pretensiones no fueron aceptadas, decidieron los amotina-

dos apoderarse violentamente de dichos artículos, así como también de un paraje desde el cual pudiesen hacerse dueños de los barcos salvadores.

Al mismo tiempo intentarían hacer prisionero al almirante á fin de que secundase dócilmente sus deseos. Este plan llegó á conocimiento de Colón, no quedándole más remedio, tanto á él como á sus fieles partidarios, que salir al encuentro de los rebeldes, que ya se habían puesto en camino, con las armas en la mano. Tuvo lugar una reñida lucha en la cual cayeron muchos de los revoltosos y durante la cual consiguió el adelantado hacer prisionero á Porras. El resto de los amotinados sometióse voluntariamente al siguiente día, 20 de mayo, y fuéles concedido el perdón después que hubieron jurado nuevamente fidelidad al almirante. A Porras, por el contrario, se le puso á buen recaudo.

Al fin el 25 de junio la vista de dos barcos puso en gran alarma á los españoles, que con todas las velas desplegadas caminaban rápidamente en dirección á la bahía de Santa Gloria para llevar la anhelada salvación á los pobres náufragos, que hacía más de un año aguardaban inútilmente auxilio. Uno de los barcos estaba aparejado por Méndez, el otro por Ovando, que tras larga vacilación habíase decidido al fin á hacer algo por los forzosos prisioneros.

El 13 de agosto llegaron á Santo Domingo, donde Ovando recibió con gran amabilidad al almirante hospedándole en su casa, y también puso en libertad á Porras dejando al Consejo de Indias en España el cuidado de juzgarle, y éste le puso á su vez en libertad sin castigo alguno.

Poco tiempo permaneció Colón en Santo Domingo; aquellos lugares que le habían visto en el apogeo de su gloria y ahora le veían deshonrado y humillado. Abandonó, pues, aquel sitio para no volver á pisarlo jamás.

El día 12 de septiembre, rendido de cuerpo y de espíritu por las desilusiones y trabajos sufridos, embarcóse para Europa, llegando, después de una tempestuosa travesía, al puerto de Sanlúcar el 7 de noviembre del año de 1504.

